

En un campamento donde ellos están, no hay tristeza, todo es broma.

Son valientes por espíritu de cuerpo; uno de sus sargentos había puesto la bandera en la torre de Malakofi.

Las zuavos venían cargados con un grande equipaje; sobre sus mochila muchos traían pericos, trozos de carne y verdura.

Esto caía en gracia á los espectadores.

Algunos soldados eran seguidos de perros, y cada uno llevaba algún recuerdo á la familia.

Las vivanderas, con trajes del regimiento formaban parte de la comitiva, recogiendo al paso los chistes y calambours de sus camaradas.

El tambor mayor arrojaba á una grande altura su bastón, haciendo alarde de su destreza en el manejo de su arma.

La música seguía tocando una marcha sonora y hermosísima.

El 3.º de Zuavos desapareció con el eco de sus parches y clarines.

Dos horas después el ejército acampó en los alrededores de la Piedad, prolongándose hasta Churubusco.

De lo alto de las torres se percibían las tiendas de campaña como una bandada de garzas voladoras posadas sobre la yerba de los sembrados y que va á abandonar un campo para siempre.

IV.

¡Adiós! ¡Ya vuestras armas no volverán á dispararse contra el pecho de los mexicanos! ¡Nos habéis dejado un recuerdo de lágrimas y desolación!

¡Cuántos de vuestros hermanos dejáis en las tumbas abandonadas del suelo extraño!

¡Cuántos de vosotros quedáis en este suelo hospitalario en busca del pan que compráis en vuestra patria á costa de sangre y sufrimientos!

¡Marchad en paz!

Las sombras de las víctimas os despiden en las calientes arenas del Golfo, y mandicen vuestras armas que saludaron tantas veces cuando simbolizaban el cimiento de la libertad y la emancipación de un pueblo!

¡Nuestra mano no volverá á oprimir la vuestra!

Se necesita una nueva generación que pronuncie la palabra *olvido* delante de nuestras tumbas.

¡Esa palabra quemaría nuestro labio!

¡Adiós!

¡En vuestros sueños de ambición, y cuando os lancéis sobre una nacionalidad agonizante, acordáos de México!

CAPITULO SEXTO.

EL PRIMER ENCUENTRO

I.

Tralasdémonos al campo republicano, ocho días antes de los sucesos que hemos referido.

El ejército independiente, en alas del triunfo, se acercaba á los reductos imperiales, donde yacía plegada y marchita la bandera de los grifos, antes triunfante en todo el territorio.

El ejército de Maximiliano, compuesto de tropas mexicanas, austriacas, y de multitud de aventureros franceses llegaba ardiente al combate, deseando arrollar á su enemigo que lo desafiaba.

Miramón volvía á saludar á sus antiguos camaradas en esos campos donde había cosechado tantos laureles en los días esplendentes de su fortuna.

Hábil en la táctica de la guerra, había vacilado sobre el punto donde debía dirigir la visual de sus cañones.

Fijóse primero en la ciudad de San Luis; pero tenía fuertes inconvenientes, acaso sería necesario un sitio, y el joven general quería á todo trance arrollar á campo raso á los republicanos.

Pensaba auxiliar á las fuerzas de Jalisco, próximas á una derrota; pero el prudente general imperialista se retiró á Colima entregando Guadalajara á las tropas de Corona, que la ocupó en nombre de la república.

Miramón previno á la división Castillo amagase la ciudad del Potosí, para evitar ser atacado por la retaguardia en las operaciones que iba á emprender.

La ambición era el genio tutelar de Miramón. Supo que el presidente Juárez había llegado á Zacatecas; que las fuerzas reunidas en aquella plaza eran escasas, y se movió violentamente sobre ellas creyendo que podría traer prisionero al presidente de la República.

Efectivamente; el día 27 de Enero se presentó á Zacatecas.

Las fuerzas de Juárez ocuparon la Bufa para defenderse mientras el grueso de ellas, se retiraba, vista la superioridad numérica.

El presidente estuvo en expectativa hasta que Miramón se lanzó sobre el cerro y desalojó á la pequeña guarnición que lo esperó á bayoneta, sabiendo á ciencia cierta que necesitaba sacrificarse para salvar á sus compañeros.

Dueño Miramón de la Bufa, se dirigió á la ciudad con precipitación, en busca del presidente.

La fuerza republicana se posesionó de unas lomas y de la eminencia de la *Bolsa*, que está fuera de la ciudad.

Juárez, con aquella serenidad nunca desmentida, entró tranquilamente en su carretela y abandonó á Zacatecas, dirigiéndose al rumbo de Juárez.

Miramón envió una fuerza en su persecución, que no alcanzó éxito alguno favorable.

Se comprendía desde luego que aún obteniendo una victoria decisiva sobre aquellas fuerzas, nada se aventajaba.

Miramón salió al día siguiente de Zacatecas, fiado en una sorpresa, para batir el ejército de la frontera.

Todos los aventureros franceses cometieron depredaciones horribles en la toma de Zacatecas; estaban en país de conquista y nada respetaron.

Miramón no podía contenerlos porque los necesitaba de toda urgencia, y su ímpetu era punto menos que decisivo en los encuentros.

El pueblo maldijo á aquellos bandoleros, y ofreció vengarse de sus sangrientos ultrajes.

II.

El general Escobedo seguía con avidez los movimientos de las divisiones imperialistas, comprendiéndolos de una manera tan clara que ninguno de sus cálculos salió fallido.

La división Castillo, que se aproximaba á San Luis, no logró engañar la perspicacia de Escobedo, y previendo todas las eventualidades, dejó guarnecida la ciudad, encomendando toda la fuerza al general León Guzmán, que por su capacidad y valor no sería fácilmente sorprendido.

Aureliano Rivera quedaba en observación con seiscientos jinetes.

Al saber el movimiento de Miramón sobre Zacatecas, ordenó que el valiente General Treviño saliese inmediatamente con mil quinientos hombres de las tres armas.

Al General Arce se le mandó situar con mil hombres en *Mesquitic*, para que pudiese auxiliar ora á San Luis, ora al General Treviño.

Treviño avisó de *Saelma del Peñón*, que Zacatecas había caído en poder del imperio.

Entonces Escobedo se puso al frente de esta fuerza, y forzó la jornada hasta el *Espíritu Santo*, y siguió hasta encontrarse las fuerzas republicanas.

Reunido el cuerpo del ejército mencionado, se dirigió á la hacienda del *Corro*, camino central de las tres vías que siguen hasta Zacatecas.

La hacienda del *Corro* era el punto más estratégico.

Miramón tenía de pasar por allí para reunirse á Castillo, y una vez en ese terreno, aceptar la batalla.

La fuerza de Escobedo se componía de mil quinientos caballos, dos mil infantes y una batería.

Las caballerías, mandadas por Arce, se dividieron en tres columnas al mando de jefes valientes y ameritados.

Las que estaban al mando del Coronel Martínez, se organizaron en cuatro columnas.

Las primeras estaban apoyadas por infantería.

Cazadores de Galeana y 1.º de Durango, formaban la reserva.

El mando de la división se encomendó al general Gerónimo Treviño.

Así organizadas las fuerzas y sin pérdida de tiempo, salió Escobedo el 31 de Enero y pernoctó en Santa Elena, donde supo que Miramón había salido con todas sus fuerzas en la tarde de ese mismo día sobre el mismo rumbo.

Decididamente, se estaba en la víspera de una batalla.

III.

A las cuatro de la mañana del 1.º de Febrero salió la división republicana en busca de los imperiales.

La mañana era clara y hermosa: el horizonte estaba puro, y la llanura por donde atravesaba el ejército, se perdía en el horizonte.

Una polvareda anunció que las tropas de Miramón estaban á la vista.

Escobedo llegaba á la *Estancia de Jarillas*.

Era necesaria una marcha rápida para encontrar al enemigo, que marchaba con violencia sobre el camino de *Agua-calientes*.

Escobedo emprendió el movimiento.

El enemigo ganó la hacienda de *San Diego*, tomó posición y desplegó su batalla, esperando arma al brazo á los republicanos.

Escobedo hizo un reconocimiento, protegido por la línea de tiradores mandados por Treviño.

El general republicano creyó que el momento era llegado.

Dispuso que tres columnas de caballería, á las órdenes de Martínez, marcharan por la izquierda aprovechando una pequeña altura, hasta rebasar la derecha del enemigo.

Avanzó por el centro; abrazando la posición contraria, con tres columnas de infantería que marchaban bandera desplegada y marcialmente, sobre las fuerzas imperiales.

Situó dos piezas de artillería sobre los bordes del estanque, dominando la posición enemiga.

Por la derecha avanzó la columna de reserva á las órdenes del C. Miguel Blanco, el célebre general que en 858 atacó la capital con un puñado de valientes, haciendo una marcha rápida y sorprendente, y llegando á las puertas de México sin ser sentido del ejército reaccionario.

IV.

La batalla no podía estar mejor organizada.

Miramón comprendió que estaba perdido.

Replegó inmediatamente su batalla, y emprendió la retirada antes de estar al alcance de las columnas del asalto.

Los carabineros republicanos inquietaban tenazmente al enemigo, que procuraba conservar su organización.

Entonces comenzó un espectáculo magnífico.

Las columnas de caballería de Escobedo, se pusieron á la altura por izquierda y derecha de las fuerzas de Miramón, y republicanos é imperialistas caminaban en una misma dirección y sobre un mismo campo, llevando por punto de vista el rancho del *Cuisillo*, cuya posición era ventajosa para la resistencia.

Caminaban llenos de ansiedad los combatientes.

Los tiradores seguían batiéndose con las guerrillas enemigas hasta llegar á San Francisco de los Adames.

Entonces Escobedo mandó orden al General Blanco, para que venciendo los obstáculos que presentaba el terreno, hiciera avanzar su columna para voltear la posición del *Cuisillo*.

Otra orden á Martínez para que avanzara por la izquierda, hasta llegar al camino real, y á Treviño para que hiciera avanzar la 4.^a columna, apoyado con la infantería.

Operado este movimiento, el enemigo entraba en una situación apremiante: ó la dispersión, ó el evento de una batalla.

Miramón aprovechó el momento más oportuno.

La caballería, mandada por Blanco, le había adelantado hacia un flanco, y se alejaba para tomar la retaguardia, y la infantería estaba á una gran distancia: quedaba, pues, sola la caballería de Treviño.

Derrotada ésta, podía batir en detail la división republicana.

Miramón desplegó sus alas de batalla de una manera muy militar.

Puso sus piezas en batería, y las descargó á metralla sobre los carabineros, que lo venían quemando.

Escobedo hizo que la tropa de Martínez desplegara en batalla al frente de la de Miramón.

Dos secciones de la Legión del Norte apoyaban la izquierda, dos de carabineros la derecha.

Los Cazadores avanzaron á voltear la posición del enemigo.

Los clarines tocaban ataque, y aquellas masas de hierro atrevesaban el llano como unas serpientes, sufriendo el incesante fuego de la artillería.

Al ver la serenidad de los republicanos, comenzaron á flanquear las tropas imperiales.

Se advirtió una oscilación en la línea, como la de las olas encadenadas que están próximas á reventar y convertirse en átomos de espuma.

Veintiuna piezas de artillería jugaban sobre aquellas columnas, y todas á metralla.

Si en los primeros momentos no habían retrocedido, decididamente la batalla estaba ganada.

Miramón lanzó su caballería, compuesta en su mayor parte de los aventureros franceses.

El momento decisivo había llegado.

Aquellas masas chocaron entre sí con un estrépito horrible, y comenzó la matanza.

Hubo un momento en que los generales enemigos no vieron más que una nube de polvo, sin poder determinar las ventajas.

Aquella nube tomó una corriente como impulsada por el huracán.

Los imperiales comenzaron á huir aterrorizados al sable de los Cazadores y Carabineros.

La Legión del Norte se echó sobre la artillería, apagando con sus pechos aquellas bocas de fuego que vomitaban la muerte y el exterminio.

La derrota era completa.

Miramón estuvo hasta la última hora, en que viendo perdida la batalla, se escapó á uña de caballo en compañía de un grupo de oficiales y su Estado Mayor.

Artillería, pertrechos de guerra y veintidós mil pesos en plata, fueron el botín de los vencedores.

Sobre el campo estaban los cadáveres de *noventa y seis* franceses.

Quinientos prisioneros se hicieron sobre el terreno, mientras que una parte de la caballería iba en persecución de los dispersos que se rendían á discreción.

Esta gloriosa jornada tomó el nombre de "*balla de San Jacinto*," por llamarse así el lugar donde se consumó la derrota de las fuerzas imperialistas.

CAPITULO SEPTIMO.

EXPIACION.

I.

Escobedo marchó á Zacatecas, llevando personalmente la noticia de su victoria al presidente Juárez, que estaba de regreso en la ciudad.

Al día siguiente volvió á su campo.

Aquel fué un día terrible.

Los horrores cometidos por los franceses en Zacatecas, necesitaban una reparación ejemplar.

Hay veces en que el hombre de corazón tiene que contener los clamores de la piedad, cerrar los ojos á la luz de la compasión y descargar el brazo de la justicia sobre la frente del culpable y del criminal.

El ejército y el pueblo pedían el castigo.

Aquello era un eco débil ante ese acento solemne y aterrador de la justicia humana.

El general Escobedo mandó pasar por las armas á noventa y ocho franceses, hechos prisioneros sobre el campo de batalla.

A aquellos desgraciados no les abrigaba nacionalidad alguna; porque el mariscal Bazaine había hecho saber á los subditos de Napoleón III, que los que se filiasen de ellos bajo la bandera de Maximiliano, perdían su calidad de nacionales franceses.

Las leyes de la República los condenaban como piratas y filibusteros.

Esos miserables estaban sentenciados de antemano.

Un coronel del Norte recibió las órdenes para la ejecución.

Los prisioneros fueron encerrados en una capillita, donde un sacerdote entró á prestarles los auxilios espirituales.

Un clamor terrible se levantó de aquel grupo de extranjeros frente del patíbulo.

Tres compañías se situaron frente á la iglesia avocando tres obuses de montaña cargados á metralla.

A una distancia de doscientos pasos de la capilla, se formó el cuadro.

Los condenados eran llevados de diez en diez.

Al ruido siniestro de las detonaciones, los que estaban esperando su turno entraban en una agonía lenta y desesperada.

La ejecución fué lo más violento posible, porque aquellos instantes eran horribles.

Los últimos sentenciados habían perdido la razón y caminaron desfallecidos al cadalso.

Los soldados recordaban, para atenuar ese sentimiento que se despierta á la vista de ese espectáculo de muerte, la memoria de los fusilamientos de Uruápan, y los nombres de los generales Arteaga y Salazar corrían por todos los labios.

¡La hora del Señor había sonado en el reloj de la justicia eterna!

CAPITULO OCTAVO.

LAS NUPCIAS.

I.

El comandante Demuriez había esperado que el ejército francés se alejase del suelo mexicano, para evitar cualquier obstáculo que se opusiese á su enlace con la señorita Clara Rodríguez.

El comandante había presentado á Don Alfonso sus papeles en toda regla.

Nada faltaba á los documentos, tenían los sellos del Ministerio de Relaciones y los de la Legación Francesa en México.

Por dichos documentos aparecía que Demuriez nunca había contraído matrimonio, ni dado palabra solemne de casamiento, ni contraído esposales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO